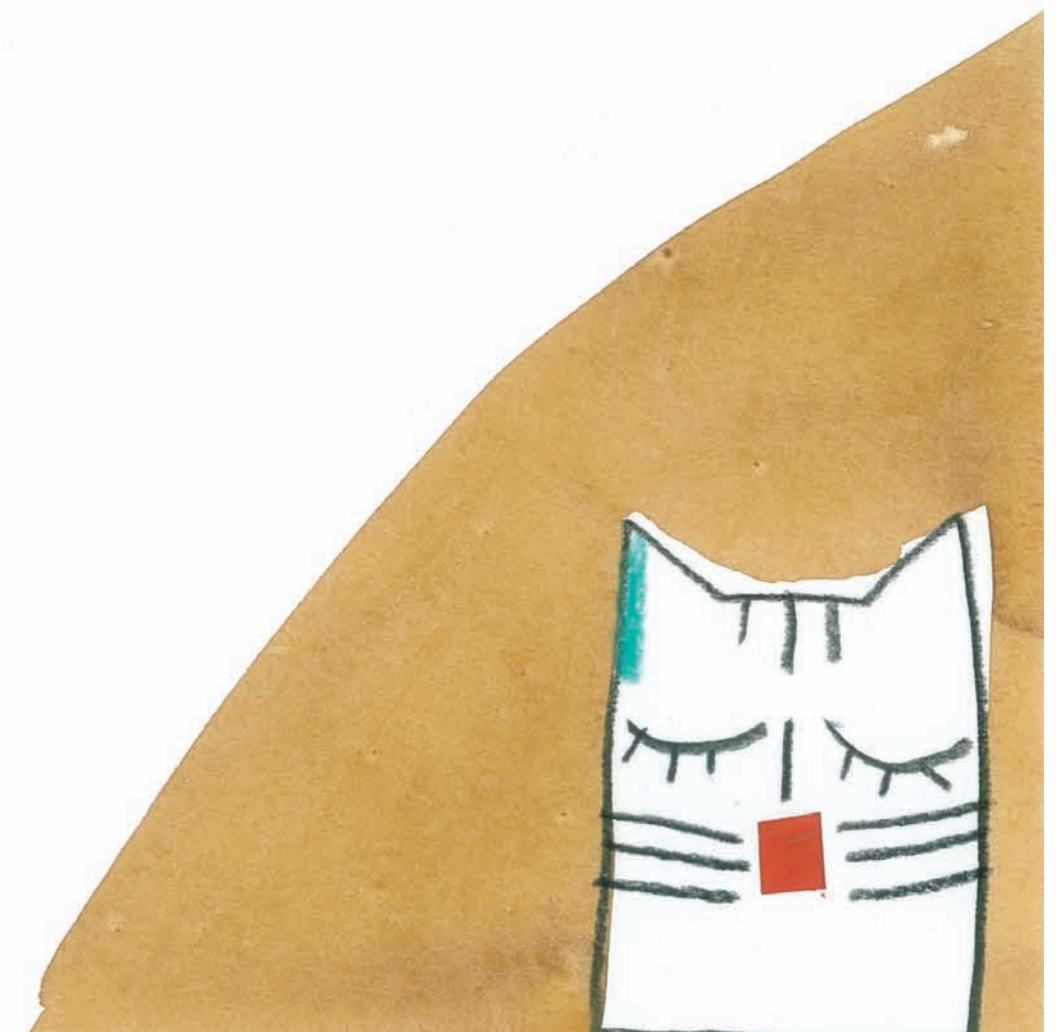


Un molinero dejó en herencia a sus tres hijos un molino, un burro y un gato.
El hijo mayor recibió muy satisfecho el molino. El del medio, con la misma alegría, quedó con el burro.



Pero el más pequeño sólo se quejaba:
—¡Ay! ¡Qué será de mí! Mis hermanos vivirán bien trabajando juntos, pero yo, después de comerme al gato, moriré de hambre.



El gato, que lo escuchaba en silencio, respondió:

—¡Mi amo, no te preocupes más! Con tus botas viejas, ese macuto y mi ingenio, conseguiré que seas la envidia de la comarca. ¡Confía en mí!

Sin pensarlo mucho, el mozo se dejó convencer. Conocía muy bien las artimañas que el gato empleaba para cazar los ratones.

Pero el gato no sabía cómo cumplir su promesa. Desesperado, se refugió en el desván, donde estaban las botas que había pedido.

—¡Ay! ¡Si no hago algo, mañana estoy en la cazuela!